

la riqueza de todo un pueblo. Para Juan, la impresión del ruido y del movimiento incesante excedía á toda otra, quitándole libertad para pensar, mejor dicho, forzándole á ver en todo aquello un alarde inútil, un afán sin razón, hijo de la codicia, en aras del cual sacrificaban los hombres lo más preciado de su vida: la sencillez, la modestia de las aspiraciones y el dulce reposo no turbado por ambiciones del egoísmo.

Se retiró del balcón, buscando en la sombra y soledad del cuarto un alivio para el aturdimiento que empezaba á oscurecerle la vista.

■■■■■■■■■■

## XXV

Cuando Juan contó á su tío las impresiones sentidas ante el espectáculo del puerto, don Vicente se echó á reír.

— ¡Bravo, bravo! Veo que eres todavía más enemigo que yo de la ciudad. Yo no llego á tanto. Todo eso es quizá indispensable para la vida y, por lo menos ahora, tal como está organizado el mundo, hace falta que se trabaje así... con tal de que luego se descanse racionalmente, en el campo. Yo prefiero otra vida, la mía, por supuesto. Por lo que á ti toca, creí que tendrías más firme la cabeza. Habrá que curar eso. Si el campo, además de reposo, no te da energías para resistir el choque del barullo ciudadano, aunque no participes de él, ¿qué va á ser de ti cuando vuelvas á la Corte?

— Ahí está mi problema, tío — dijo Juan. — ¿Y si no vuelvo?

— ¡Ah! eso es otra cosa.



— No, no afirmo nada. Es que no sé qué hacer. Tengo miedo de volver allá. Mis ideas han variado mucho y creo que no sabría vivir como antes. Pero ¿qué voy á hacer en Villamar ó en donde sea, y cómo romperé con lo que yo he sido hasta ahora para ser cosa distinta?

Reflexionó don Vicente un momento, sin saber qué contestar.

— Vamos por partes — dijo al cabo. — Me explico esa dificultad que tienes para cambiar decididamente de vida... No, ya sé que no es dificultad ideal, ni de intención, sino de modo. Eso pasa á muchos y por ello retrocede el noventa por ciento en el camino de la reforma. Ya soy viejo y tengo experiencia de estos conflictos... Pero tú lo resolverás cuando estés maduro para ello. Ahora, de nada te servirían consejos ni impulsos ajenos. Eres tú mismo, por propia convicción, quien ha de resolver. Deja trabajar á las causas que obran sobre ti y, sin darte cuenta, llegará un día en que un tironcito suave te desligará del último lazo y te verás de repente libre, pronto á la mudanza como si fuese la cosa más natural del mundo. Hasta que ese momento llegue, es inútil hablar de las formas de tu nueva vida. Aunque no te lo parezca, aun tira de ti el pasado por la fuerza de la adaptación tradicional. Ya no te gusta, pero no sabes cómo romper con él. Te hacer falta aún muchas duchas de Naturaleza.

— ¡Pero si estoy encantado con lo que veo y lo que siento en Villamar! El reposo de mi espíritu

es como un bálsamo que ha curado mi fatiga y mis penas.

— No lo dudo. Ya te lo pronostiqué el día que llegaste. La influencia del campo y de la vida sosegada es segura. El espíritu tiende á ella por propia inclinación; y esas neurastenias, esos cansancios terribles que consumen rápidamente á los hombres modernos, son el castigo lógico de contravenir una ley natural. La inquietud es un estado enfermizo que se cura ó que pasa pronto en la vida ordinaria, porque es hijo del medio que nos rodea y nos agita. Quien no procure, á tiempo, apartarse del excitante, es hombre perdido; pero el que vuelve á la Naturaleza, recobra al punto el equilibrio de su alma. Una vez recobrado en firme, puede asomarse á contemplar la locura de los otros sin temor al mareo, pero nada más que asomarse.

— Así lo creo firmemente, tío. Tengo fe en mi curación y mis ojos se han abierto á la verdad, cuya voz me habla á cada paso desde que estoy al lado de ustedes.

— Bueno; pues á no preocuparse de ello. Las cosas caen del lado que se inclinan. Siga el régimen, y ten paciencia.

Después de almorzar, don Vicente volvió á salir para dar término á sus gestiones. Juan tomó café en la terraza de la fonda, libre ya de sol y defendida del reflejo del mar por grandes persianas. Al principio, estuvo solo; luego fueron llenándose las mesas de jugadores de dominó, damas



y ajedrez, que hablaban y discutían en voz alta, como si fuesen sordos. Juan pidió la *Ilustración* y se puso á mirar los grabados; pero se cansó pronto de verlos y de oír aquella algarabía. Se decidió á salir al paseo de palmeras.

Los paseantes eran escasos en aquella hora, y Juan halló cierto consuelo en la soledad relativa de los andenes, abovedados por las ramas de los árboles que se cruzaban sombreando el piso, regado minutos antes.

Anduvo largo rato, pausadamente, como hombre que no tiene qué hacer, mirando á uno y otro lado las gentes que cruzaban ó que consumían su tiempo dulcemente á orillas del mar. Dos ó tres veces el agudo silbato de las sirenas de vapor le hizo fijarse en el puerto; y vió salir los grandes barcos, cuyas hélices batían ruidosamente las aguas, salpicando de espuma la bandera de popa.

Poco después comenzaron á asomar por la esquina exterior del muelle las velas blancas de los faluchos de pesca, que iban volviendo al puerto. Entraban ligeros, sin ruido, con el trapo hinchado en curva majestuosa; y, de pronto, lo dejaban caer, recogéndolo rápidamente para moderar la marcha y no chocar con los buques anclados. Parecían grandes aves marinas, de alas inmaculadas, que patinaban sobre el mar para zambullirse de pronto, borrando la mancha brillante de sus plumas iluminadas fuertemente por el sol. Aquel espectáculo recordó á Juan la escuadrilla pesquera de Villamar, que muchos días recalaba en Levan-

tina para vender el pescado ú obligada por el viento; y se sintió atraído por la simpatía que siempre despierta en nosotros lo familiar, abstra-yéndose de las demás cosas que le rodeaban.

Cuando cesaron de entrar los faluchos, Juan se sentó en un banco, cara al puerto, que cada vez parecía menos ruidoso á medida que avanzaba la tarde. La intensidad de la luz iba siendo menor, aunque el sol daba todavía oblicuamente en la masa de los buques, arrancando destellos á los palos bruñidos, á la pintura de los cascocs, y avivándose en resplandor como de incendio en los cristales de la Comandancia, que cerraba el horizonte por la izquierda, con su fachada de piedra arenisca, de un amarillo intenso.

Don Vicente no tardó en aparecer.

— ¡Vaya! — dijo sentándose y lanzando un suspiro. — Ya terminé... por ahora; quiero decir, hasta la noche.

— ¿También de noche hay asuntos que tratar? — preguntó Juan sonriendo.

— No; pero hay gentes que sólo se dejan ver después de encendidos los faroles. Maldita la gracia que me hace dormir fuera de casa; pero, por hoy, no nos queda otro remedio. Mañana saldremos temprano y llegaremos á Samanet á tiempo para que veas lo que quieres del mercado de agua. ¿Te has aburrido mucho?

— No. He visto entrar y salir barcos.

— Hoy es día de movimiento, según parece... Mira, ahora entra un vapor.



Con el brazo extendido, don Vicente señalaba la bocana del puerto, á cuyos lados, en los remates del muelle y contramuelle, agolpábanse varios curiosos. En plena bahía, pero con la proa enfilada hacia la dársena, veíase un vapor que por momentos crecía en tamaño, acercándose rápidamente á tierra. Blanca nube de humo le rodeaba y su proa levantábase y se hundía rítmicamente, cortando las olas. Don Vicente lo reconoció al punto.

— Es el de Orán — dijo. — Basta ver su chimenea. Mira qué bien entra.

Tras pasó el vapor la bocana y refrenó su marcha, virando hacia la izquierda. Presentaba ahora uno de sus costados y pudo verse con claridad que venía repleto de pasajeros, apiñados de proa á popa como un rebaño en el cual, sobre la masa gris dominante, brillaban á veces vivísimas manchas de color, blancas y rojas, que el sol acentuaba con dureza. Detúvose el buque en mitad del puerto y lanzó al fondo el ancla, cuya cadena se deslizó con ruido estridente, hundiéndose en el mar; y á poco, la pesada mole comenzó á virar de nuevo, con lentitud, orientando la popa hacia el muelle. Enseguida paró como si no hubiera de pasar de allí; pero la lancha de amarre se acercaba á fuerza de remos para recoger el cable que le tiraban desde la borda y, una vez recogido, remolcó al vapor, que comparado con ella parecía ahora un coloso, hacia la línea de los demás buques atracados. Antes de llegar á ella, el oranés hizo alto nuevamente, y entonces vióse mejor el

numeroso pasaje que traía, todo él ya sobre cubierta.

— Acerquémonos al muelle — dijo el señor de Galvis. — Es seguro que vienen ahí muchos de Villamar.

La escalerilla de desembarque hallábase ya obstruída por un grupo numeroso de desocupados y de parientes de los viajeros. En primera fila veíase á Gamba.

— ¿También tú por aquí? — preguntó don Vicente.

— Creo que viene un sobrino mío — contestó el marinero.

El vapor permanecía parado y empezaban á dirigirse hacia él numerosas lanchas, que llegaron á formar un cordón á lo largo del casco. Abrióse camino á través de ellas el bote de la Sanidad, seguido por el de los carabineros cuyas guerreras de verano, rayadas de azul, contrastaban vivamente con el pantalón negro franjeado de rojo. Vióse bajar por la escalerilla al capitán del vapor con un papel en la mano y, á los pocos minutos, volvió á subir con los médicos. Arremolináronse los pasajeros sobre cubierta; y enseguida empezó el desembarque. Era un hormiguero continuo de gente, que iba llenando las lanchas, hundiéndolas con su peso hasta tocar con la borda la superficie del mar, inmóvil y de un color verdoso, como la de una charca, en aquel sitio. Casi todos los viajeros eran segadores. Venían unos en mangas de camisa, tostados por el sol y manchados por la



carbonilla y el humo del buque. Otros llevaban camiseta y blusa, que caía sobre el pantalón de lienzo azul ó de lanilla gris. Al hombro, sendos sacos con ropa; en la cabeza, sombrero negro ó de palma y en la mano un paraguas ó un palo. La nota dominante en aquellas caras era la del cansancio y la indiferencia. Tenían prisa por desembarcar y llegar á sus casas. Aunque algunos hallaron sobre el muelle á sus familias, no demostraron la menor emoción. Se saludaban sin abrazarse, sin darse las manos. Tan sólo las mujeres lanzaban gritos y lloraban besándose. Luego, se acercaban todos á la Comandancia de carabineros para que registrasen los sacos, maletas ó baúles. Un poco más allá, nueva parada ante la casilla de consumos; y enseguida los grupos iban desgranándose, tomando cada viajero su camino, unos hacia la estación del ferrocarril para esperar la salida del tren de lá noche, otros á las posadas, y algunos emprendían á pie la carretera, para ahorrarse el precio del coche.

De Villamar sólo desembarcaron tres hombres. El sobrino de Gamba, no.

— Vendrá en el otro vapor — dijo el marinero alzando los hombros. Y sin ocurrírsele preguntar á sus paisanos, dió la vuelta hacia la ciudad, detrás de don Vicente y su sobrino, que regresaban á la fonda.

— Es pintoresco el desembarque, ¿no te parece? — dijo el anciano.

— Sí — contestó Juan. — Pero me da tristeza

esa pobre gente, miserable, que tiene que ir á sudar bajo el sol africano unos ahorrillos que en la patria no puede reunir.

— Es verdad. Pero no creas que tienen por qué arrepentirse. Les va bien y muchos se quedan allá, años y años.

— Siempre les dolerá vivir lejos de los suyos.

— No sé. ¡Sienten de una manera tan distinta á nosotros!

Llegaban al mercado, á cuya puerta estacionaban varios puestos de hortalizas y de cacharrería barata. Juan se detuvo un momento para contemplar la decoración de unas jofainas vidriadas, que le traían á la memoria ejemplares antiguos de Talavera. La dueña del puesto, una viejecita desgreñada y rechoncha, hacía media, sentada en un cajón vacío. Se levantó al ver á Juan, husmeando una venta; pero enseguida, su cara miró á otro lado, iluminándose con un relámpago de curiosidad alegre. Uno de los segadores recién desembarcados pasaba en aquel momento frente á la cacharrería.

— ¡Hola, Pedro! ¿Qué hay? — preguntó la vieja.

Detúvose el hombre y contestó fríamente:

— Hemos venido.

— ¿Te vas al pueblo?

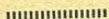
— Sí.

Ni una palabra más. El hombre siguió su camino pausadamente, sofocado por el lío de ropa que llevaba al hombro.



— ¿Es paisano de usted? — preguntó Juan dirigiéndose á la vendedora.

— Es pariente mío — contestó la vieja. — Hace un año que se marchó á Orán y no sabíamos nada de él... ¿Le gustan á usted esas jofainas? Son baratas.



## XXVI

Serían las nueve de la mañana cuando llegaron á Samanet tío y sobrino. En la plaza, frente á la iglesia, y en los sitios de sombra, veíanse numerosos grupos de gente, parados unos, entrando y saliendo otros en las horchaterías y tabernas. Don Vicente se dirigió hacia una de aquéllas, en cuya puerta dos grandes heladoras incitaban á refrescar con el agua de cebada ó de limón, tradicionales en el país.

— Vamos á pedir que nos saquen afuera una mesita y unas sillas — dijo el anciano — y presenciárs las ventas cómodamente.

El horchatero, que era, á la vez, expendedor de café y de vino, conocía á don Vicente y salió en persona á servirle.

— Buenos días, don Vicente y la compañía — dijo mientras enjugaba con un trapo la mesa. — ¿Vienen de Villamar?... Todavía es temprano. Hay poco movimiento. Se me figura que esta mañana el agua no ha de subir mucho.



Sacó los vasos, empañados por el frío de la bebida, de un color de miel que en las partes escarchadas era más oscuro.

— ¡Este es el refresco de los refrescos! — dijo el anciano, chispeándole los ojos. — No le pierdo la afición y hasta creo que, mientras me guste, es que me queda algo de juventud. Y aquí lo hacen admirablemente. Es una especialidad de este hombre.

Mientras bebían, los grupos iban animándose. Mezclábanse en ellos los labradores y los señoritos, que llegaban en carruaje, con sus sombreros de paja y sus quitasoles rayados. Juan oía de vez en cuando frases como estas:

— Me faltan diez minutos. ¿Quién tiene agua?

— El *Plantao* ofrecía, ahora poco.

— ¿A cómo está?

— No sé.

Y el peticionario se apartaba, buscando al *Plantao* ó á otro que le vendiera albalaes.

— ¡Eh, tío Luna! — gritó don Vicente, viendo al labriego que cruzaba la plaza.

— ¿Ahí está, señorito? — dijo el otro acudiendo.

— Siéntese y tome algo.

— No, señor, gracias; tengo prisa.

— ¿Viene usted á comprar?

— No, vengo á vender. Me sobraron unos minutos. Pero está muy barata, á cuatro pesetas. Subirá, de seguro.

Acercáronse á la mesa otros labradores y ami-

gos de don Vicente; pero ninguno paraba mucho tiempo. Saludaban, encendían un pitillo y luego volvían á su peregrinación, de grupo en grupo, ó entraban en la taberna donde los martaveros aguardaban la liquidación de cuentas de los regantes.

De pronto, corrió la voz de que no había agua.

— Nadie vende. Por lo visto, han regado todos — dijo una mujer que pasaba con aire de aturdimiento, como quien teme algo.

— No transcurrirán cinco minutos sin que vendan, pero subiendo el precio — dijo en voz baja don Vicente.

Juan observaba las caras de los que entraban y salían en la taberna ó formaban grupos en sitio próximo. Notábase al momento quienes eran labradores y venían á comprar agua, por la expresión ansiosa de su mirar y el afán con que preguntaban á diestro y siniestro.

Alguno, más astuto, se hacía el indiferente por miedo de que subiera demasiado el tipo de cotización; pero se le veía ir, de aquí para allá, procurando sorprender conversaciones y frases sueltas. Los poseedores de grandes cantidades de agua esperaban tranquilamente el momento oportuno para lanzarla al mercado, haciéndose, por de pronto, los desentendidos; y Juan creyó adivinar que dos sujetos, de tipo medio ciudadano medio rural, que se llevaban aparte á las gentes celebrando conciliábulos misteriosos y cuchicheando, á veces, entre sí, eran acaparadores que iban com-



prando en secreto, á campesinos que tenían prisa ó necesidad de cuartos, los albalaes sobrantes.

Al poco tiempo de esta maniobra, alguien empezó á ofrecer agua á seis pesetas. Se produjo un remolino de compradores, que pedían á ese precio; pero casi instantáneamente se agotó la oferta. El grupo se disolvió lentamente y volvió á pasar junto á Juan la mujer de antes, más azorada y temerosa, murmurando:

— Tienen, tienen, como si lo viera; pero á los pobres siempre nos toca pagar caro.

La escena se repitió varias veces. La hora de agua seguía subiendo, porque acudían cada vez más regantes y los poseedores de albalaes se reservaban todo lo posible.

Don Vicente y Juan habían concluido por levantarse y paseaban, observando la marcha del mercado y comentando los incidentes de él. En la iglesia vecina sonó una campana, anunciando que en la misa mayor se había llegado al ofertorio. Como movidos por un resorte, los hombres todos se descubrieron y cesaron las conversaciones. El silencio fué breve, pero absoluto. Luego, las voces volvieron á sonar, haciendo el efecto de que eran más altas y numerosas. Oíase ya pregonar á diez pesetas la hora y á este precio las ventas se animaron mucho. Temían unos que el agua bajase, y algunos compradores, que habían esperado esto inútilmente, se resolvieron á tomar los minutos que necesitaban. Avanzaba el día, y á muchos les quedaba aún bastante que andar para volver á sus aldeas ó á las granjas de que eran caseros.

El agua, en efecto, tuvo una ligera oscilación, que hizo sacar á luz gran número de albalaes; pero al momento se repuso y volvió á subir. Por tercera vez, la mujer pasó al lado de Juan, y éste, por un movimiento que no pudo reprimir, la detuvo.

— ¿Compró usted al fin? — dijo.

— Sí, señorito, al fin, pero á docé pesetas.

Lanzó un suspiro y añadió mirando á Juan afanosamente:

— ¿Me habrán engañado, señorito? Yo no entiendo de esto. Mi marido cayó enfermo ayer y he tenido que venir en vez suya. Vea si está bien: quince minutos.

Le alargó los albalaes, que Juan revisó de una ojeada.

— Sí, son quince minutos. Supongo que está bien, ¿eh, tío?

Don Vicente, distraído en aquel momento por un coche que pasaba al trote largo y por poco atropella á dos niños, volvió la cabeza.

— ¿Qué es? — preguntó. — ¡Ah, sí! Albalaes... quince minutos... Pero no son de esta martava.

— ¿Qué dice, señorito, qué dice? — exclamó la mujer con un acento de terror que hizo volver la cabeza á las gentes más próximas.

— Que no valen. ¿Quién se los vendió á usted?

La mujer se había echado á llorar. Temblábale el cuerpo y miraba á todos lados, como espantada.

— Diga, diga. ¿Conocería usted al que se los ha vendido?



— No sé — balbuceó la infeliz. — Creo que no; nunca lo he visto antes de ahora.

Iba formándose un grupo al rededor de ella y de don Vicente y su sobrino.

— ¿Qué señas tenía? — preguntó un hombre que parecía guardia jurado por algún detalle de su vestimenta.

— No sé, no sé — repetía la mujer. — Era un viejo... un labrador. ¡Dios mío, Santísima Faz! ¿Qué va á ser de mí?... ¿Cómo daré la cuenta al martavero?

El grupo se hacía cada vez más numeroso, y corría de boca en boca la noticia de la estafa. Pero nadie recordaba haber presenciado la venta. La figura de la mujer, sí, les era conocida de verla pasar, preguntando. Alguien la reconoció como mujer de un amigo suyo, habitante en una alquería próxima, y trató de consolarla. Ella seguía gimiendo, sin saber qué hacer.

Juan tuvo un arranque y exclamó en voz alta:

— ¿Quién vende quince minutos? A cualquier precio.

Sonaron al punto varias voces: Yo, yo.

— Venga.

Cogió los albales y los puso en manos de la mujer.

— Tome. Sosiéguese. Ya está arreglada la cosa. Vaya á dar su cuenta.

La mujer cogió los papeles con mano temblona y se quedó mirando á Juan, atónita, sin saber qué decir.

Juan la empujó, impaciente, deseoso de sustraerse á la espectación pública.

— ¡Vaya, vaya!

Y sin aguardar á más, se apartó presuroso de aquel sitio, seguido de don Vicente que no había tenido tiempo de intervenir en la rápida escena. Mientras apretaba el paso para alcanzar á su sobrino, iba el anciano sintiendo que le subía á la garganta el ahogo de una dulce emoción, de las más grandes de su vida. Juan iba preocupado, triste. Apuntaba en su alma una de aquellas amarguras que, en otro tiempo, producían en él las injusticias y las durezas de la vida y que le excitaban á grandes cóleras.

.....